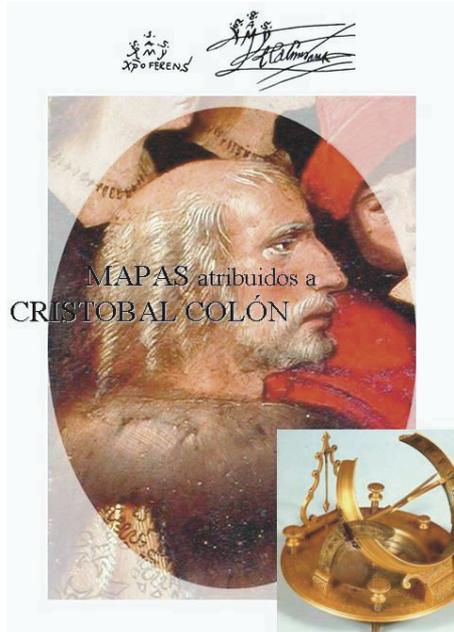


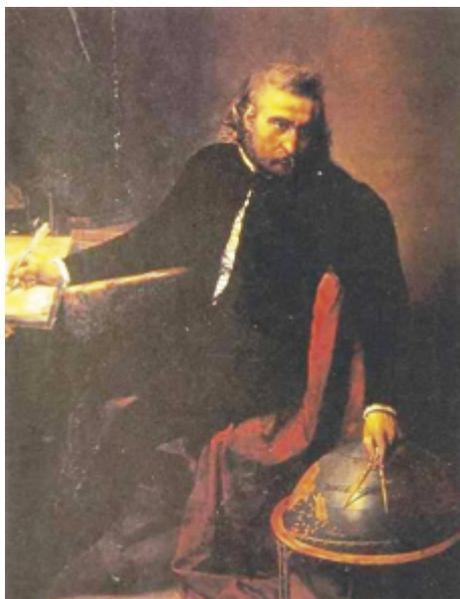
# MAPAS ATRIBUIDOS A CRISTÓBAL COLÓN

Mario RUIZ MORALES  
Doctor en Historia

A lo largo del presente año, se han venido celebrando diversos actos conmemorativos del quinto centenario de la muerte de Cristóbal Colón (1451-1506), un personaje enigmático que conmocionó al mundo con el relato de su primer viaje. Aunque sea cierto que es difícil aportar alguna novedad significativa que aumente el conocimiento que se tiene de su vida y obra, también lo es que algunas de sus aportaciones cosmográficas, especialmente las de índole cartográfica, no son conocidas más allá del círculo reducido de los especialistas. Una circunstancia que resulta un tanto paradójica, máxime si se tiene presente que sin tales conocimientos no hubiese sido posible su excepcional travesía. El que sería después Almirante de Castilla adquirió estos conocimientos principalmente con la lectura de clásicos como Tolomeo (90-168) o Estrabón (63 a.C.-21), y de otros más modernos como el cardenal francés D'Ailly (1359-1420). Colón estaba, pues, convencido plenamente de la esfericidad de la Tierra, de su tamaño y de la posibilidad de alcanzar las Indias a través del Atlántico, tal como defendieron en su momento autores tan relevantes como Aristóteles (384-322 a.C.) y Eratóstenes (285-195 a.C.); este último llegó incluso a defender que, si la inmensidad del océano no lo impedía, se podría navegar de Iberia a las Indias a lo largo del mismo paralelo.

No obstante, la fiabilidad de sus fuentes dejaba mucho que desear en lo que se refería al tamaño de la Tierra, pues tales fuentes aseguraban que su diámetro era del orden de 20.000 millas, de modo que el desarrollo de un grado de meridiano equivalía a 55 1/2 millas; asimismo, se sospechaba que el territorio de Eurasia se extendía a lo largo de 280° de longitud. El razonamiento de Colón no ofrecía por tanto la menor duda: las costas del Catay se podrían alcanzar desde las hispánicas tras navegar aproximadamente 4.500 millas hacia





*Colón cosmógrafo.* Cuadro del francés Emile Lasalle realizado en 1839. El rey Luis Felipe de Orléans se lo regaló a la catedral de Sevilla.

el oeste, es decir, una amplitud angular de  $80^\circ$ , de manera que, si en un día se recorrían 100 millas, se podría alcanzar la meta en poco más de un mes. Además, Colón insistía en sus planteamientos a la vista de las representaciones cartográficas de la época, que mantenían tales principios. El mapamundi de Paolo dal Pozzo Toscanelli (1397-1482) o el globo terráqueo de Martín Behaim (1459-1507) son dos de los más señalados. Como tanto en el mapa del astrónomo italiano como en el globo del cartógrafo alemán aparecía el océano Atlántico con anchura escasa, Colón no albergaba ninguna duda de que así se podía alcanzar su meta mucho antes que circunnavegando el continente africano. El globo terráqueo, construido en 1492, reflejaba tan bien el pensamiento del genovés que cabe pensar si Behaim estaría al tanto del



Toscanelli y una reproducción de su mapa centrada en el océano Atlántico. Las imágenes inferiores son de Behaim y de su globo terráqueo.

proyecto colombino, en su condición de miembro del consejo de sabios que asesoraba al rey Juan II de Portugal (1455-1495).

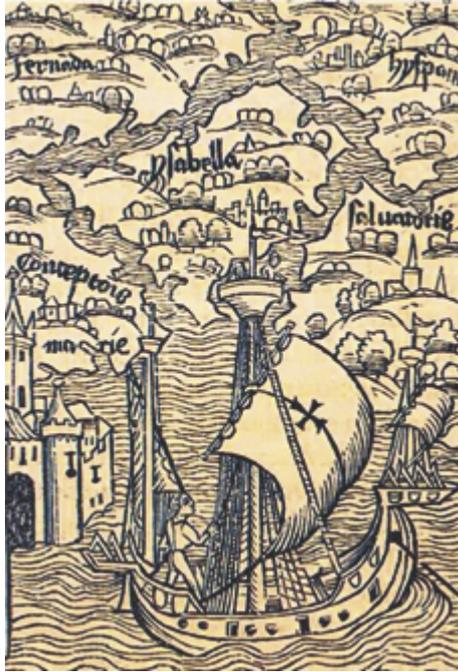
Colón fue un prolífico y acreditado cartógrafo antes y después de la reconquista de Granada, al igual que su hermano Bartolomé (h. 1461-1514), hasta el punto de que ambos ejercieron este oficio durante su estancia en Lisboa. No es nada aventurado suponer que Colón ejerciera una poderosa influencia sobre su hermano, similar a la que ejercería después sobre su propio hijo Hernando (1488-1539). Este conservaría en su voluminosa biblioteca gran parte de los libros heredados de su padre, con interesantes y reveladoras apostillas, como las que figuran en la obra *Imago mundi*, del ya citado P. d'Ailly. Lamentablemente, no se conservan mapas o planos que se puedan atribuir a nuestro personaje sin ningún género de dudas; la excepción a la regla la constituyen dos ejemplos que merecen ser reseñados con cierto detalle.



Modelo cosmológico centrado en una imagen de la Tierra, tal como aparece en el llamado «mapa de Colón».

El primero de ellos es conocido en la literatura cartográfica con el nombre de «mapa de Colón», desde que en 1924 se lo atribuyera el historiador francés Charles Marie de La Roncière en *La Carte de Christophe Colomb*, obra aparecida el mismo año en París. El pergamino lo descubrió en la Biblioteca Nacional, donde se conserva identificado con la referencia B.N. Cartes et Plans, Rés. Ge AA 562. El documento cartográfico lo componen el conjunto de los dos mapas, separados por una línea dorada y dibujados sobre un pergamino de 1,1 x 0,7 m. El de la izquierda es en realidad una carta celeste que refleja la concepción geocéntrica del universo imperante en aquel tiempo; el de la derecha, un portulano al uso en el que destacan el Atlántico y el mar Mediterráneo. En la carta celeste aparecen representadas, por tanto, las nueve esferas clásicas, sobre las que se situaban los planetas, es decir: la Luna, Mercurio, Venus, el Sol, Marte, Júpiter y Saturno; la octava esfera es la de las estrellas (también llamada «de las fijas»), y la nona, la mansión de los bienaventurados, aunque el autor la dejase en blanco. Todas ellas rodeaban la Tierra, representada mediante un planisferio del Viejo Mundo cuyo centro correspondía a Jerusalén, aunque el autor anotase en el dibujo que la representación plana debía ser considerada esférica. La influencia religiosa se hace aún más evidente cuando se observa la imagen del paraíso terrenal, rodeado de montañas, en las costas del Catay de Marco Polo (1253-1324).

El portulano está limitado por cuatro rosas de los vientos de las que parten las correspondientes líneas de navegación. Aparecen representadas la cuenca



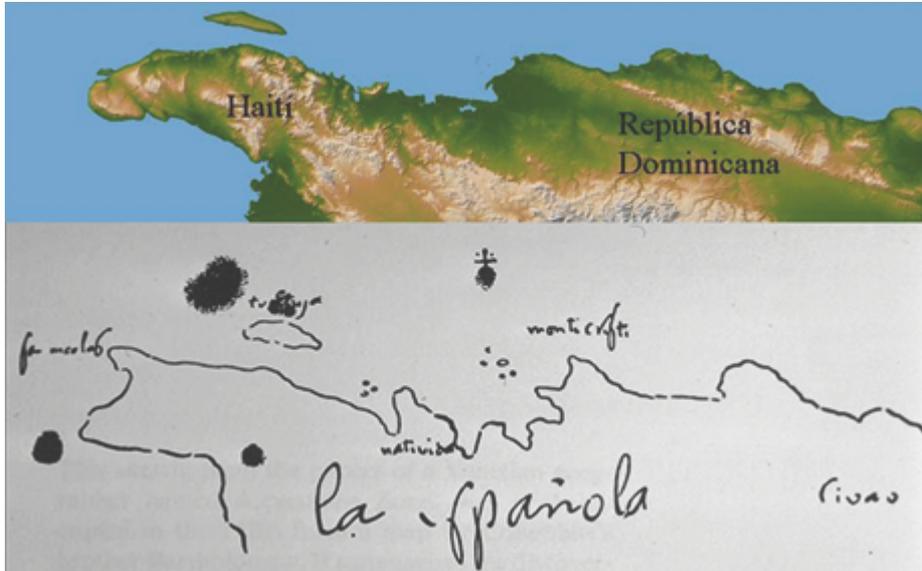
Las islas descubiertas por Colón. Ilustración de una edición de su carta (Basilea, Jacobo Wolff, 1493).

mediterránea y el litoral atlántico, desde Escandinavia hasta la desembocadura del río Congo. Una de sus características más destacables en este contexto es la localización de las ciudades importantes del interior; el hecho de que figuren Granada y Santa Fe, con los pendones de Castilla y León, permite pensar que ha de ser posterior al 2 de enero de 1492. Dado que no aparecen representados los descubrimientos posteriores a esa fecha, no sería extraño que el dibujo se hubiese realizado en los primeros meses de ese mismo año, después de la toma de Granada y antes de que diese comienzo la travesía de Colón. Asimismo, debe reseñarse que en uno y otro mapa aparecen textos que guardan estrecha relación con las apostillas recogidas en los libros usados por Cristóbal Colón, en una de las cuales se remite al lector a cuatro mapas que contenían esferas, costumbre poco habitual en aquella época. Hay, pues, sobradas razones para suponer que el

Almirante fue el cartógrafo responsable, aunque todavía falte confirmación definitiva de tal suposición.

A la vuelta de su primer viaje, el 15 de febrero de 1493, desde las islas Canarias, escribió una extensa carta a los Reyes Católicos en la que daba cuenta de su descubrimiento. Únicamente nos interesa resaltar de tan trascendental documento la identificación que se hace de una serie de islas en los siguientes términos: «A la primera que yo hallé puse nombre San Salvador a conmemoración de Su Alta Majestad, el cual maravillosamente todo esto ha dado; los Indios lo llaman Guanahaní; a la segunda puse nombre la isla de Santa María de Concepción; a la tercera Fernandina; a la cuarta la Isabela; a la quinta la isla Juana y así a cada una nombre nuevo». La carta fue rápidamente impresa y reeditada en numerosas ocasiones. Baste decir que en los cinco años siguientes se publicaron 10.000 ejemplares de la misma, siendo usual ilustrarla con mapas imaginarios de las islas. Es de suponer que Colón los supervisaría en alguna medida; en cualquier caso, fueron las primeras imágenes renacentistas de sus descubrimientos.

Hay otros documentos cartográficos relevantes que se atribuyen indistintamente a Cristóbal y a Bartolomé Colón; se trata en este caso de meros croquis en los que se representan también los territorios recientemente conquistados.



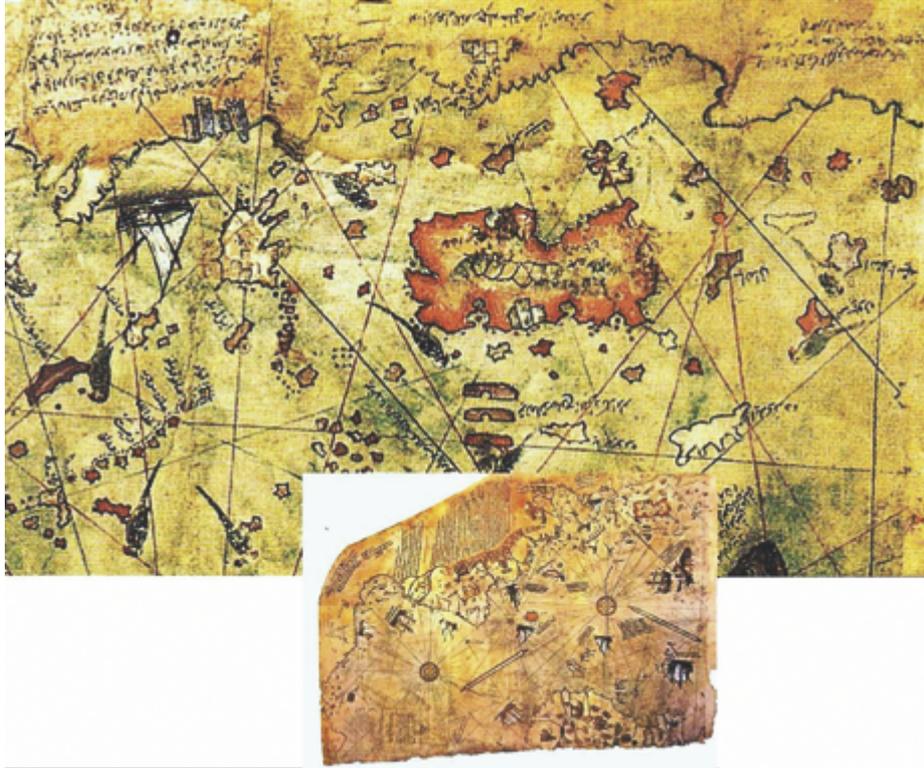
Croquis de la isla Española (Haití y República Dominicana) y una imagen de satélite de la misma zona.

El primero de ellos, supuestamente dibujado entre 1492 y 1493, se conserva en el archivo de la casa de Alba (palacio de Liria, Madrid) y es la imagen cartográfica de una parte del litoral caribeño, concretamente la costa norte de la isla Española (Haití). La importancia de este descubrimiento, en el año 1894, para la historia de la cartografía es capital, al tratarse del primer mapa europeo del Nuevo Mundo. Su formato es de 56 x 39 cm. En él figuran varios topónimos, entre los que deben subrayarse «Nativida», por referirse a «La Natividad», esto es, a la primera colonia fundada por Colón al llegar al Nuevo Mundo, y «Civao», en alusión a Cipango (Japón); no debe olvidarse que Colón pensaba que había alcanzado aquellas costas.

El segundo es indudablemente atribuido a nuestro protagonista, ya que figuraba en las márgenes de la carta que escribió al rey Fernando desde Jamaica, el día 7 de julio de 1503, para relatar su cuarto viaje; una copia de la misma fue llevada a Roma por Bartolomé con la intención de que el papa intercediera ante el rey para que le encargase a su hermano la colonización y evangelización de aquellas costas tropicales. Bartolomé Colón coincidió en Italia con el veneciano Alejandro Zorzi, el cual copió los croquis anteriores en la versión italiana de la carta y en otro manuscrito que escribió en torno al año 1522. En la Biblioteca Nacional de Florencia se conserva la copia de Zorzi en forma de tres láminas de 100 x 165 mm, cuyo contenido representa no sólo la franja ecuatorial de la Tierra, sino también el pensamiento geográfico del mayor de los hermanos Colón. Además del Nuevo Mundo, Zorzi realizó dibujos semejantes en los márgenes de su obra *Miscellanea di cose geografiche*, en los que incluyó, por ejemplo, la imagen de Cuba y de la Española.



## MAPAS ATRIBUIDOS A CRISTÓBAL COLÓN



El portulano de Piri Re'is y detalle ampliado del Caribe, copia de un mapa de Cristóbal Colón.

la posteridad gracias a un mapamundi coloreado sobre un pergamino en el año 1513; la representación debe ser catalogada como portulano, a pesar de los motivos decorativos que incluye tierra adentro. El mapa, que se conserva en el museo Topkapi Saray de Estambul, es realmente un fragmento del original, cuyas dimensiones son de 63 x 90 cm —se supone que el dibujo primitivo debía de medir alrededor de 140 x 165 cm—. En él figura una imagen cartográfica casi íntegra de la península ibérica y del borde más occidental de África, limitado al este por una línea que coincide sensiblemente con el meridiano de Almería. También figura una interesante representación del Nuevo Mundo que, comenzando en el cinturón ecuatorial, desciende hasta el extremo más meridional de Sudamérica.

En el borde occidental del mapa figura un extenso texto harto elocuente, por cuanto el autor confiesa, entre otras cosas, que dibujó la representación del Caribe apoyándose en un mapa de Cristóbal Colón que había llegado a su poder y al parecer realizado en 1498. El párrafo en cuestión dice lo siguiente: «Las costas e islas [del Nuevo Mundo] de este mapa son tomadas del mapa de

MARIO RUIZ MORALES



Imagen cartográfica de la línea agónica en el mapa del astrónomo Edmond Halley, publicado como resultado de la expedición Paramour Pink (1698-1700). Las brújulas superpuestas de la derecha son del siglo XVI; la que tiene alidada es del XVII.

Colón». La afirmación de Piri Re'is está muy bien documentada, puesto que su tío Kemal Re'is, el que se lo proporcionó, tras requisársela a un esclavo español que había sido tripulante de un barco que capturó la flota turca por él comandada, en 1501, en las proximidades de Valencia. Presentó el mapa Piri Re'is al sultán en 1517, y al parecer se archivó en el palacio de Solimán el Magnífico; allí permaneció en el anonimato hasta que Gustav Adolf Diessmann, en 1929, lo descubrió durante las investigaciones que estaban realizando para el futuro Museo Topkapi.

Esta reivindicación apresurada de la figura de Cristóbal Colón desde el punto de vista cartográfico tendrá como epílogo la observación magnética sin parangón que realizó la noche del 13 de septiembre de 1492, cuando se encontraba 100 leguas al oeste de las islas Azores. Se constató en aquella ocasión un fenómeno de singular importancia en la historia de la ciencia, que se trató de aprovechar después para solucionar el secular problema de la determinación de las longitudes. El fenómeno se describió con todo detalle en el diario de a

bordo: «Aquel día con su noche, yendo a su vía, que era el oeste, anduvieron XXXIII leguas, y contava tres o quatro menos. Las corrientes le eran contrarias. En ese día, al comienzo de la noche, las agujas noruesteaban y a la mañana nordesteaban algún tanto, de lo que conoció que la aguja no iba derecha a la estrella que llaman del Norte, o Polar, sino a otro punto fijo e invisible».

Aunque ya por entonces se había que la declinación magnética variaba con la longitud geográfica, fue Colón el primero en comprobarlo fehacientemente pues, atendiendo a la descripción, es obvio que cruzaron la línea agónica o de declinación nula, con lo que pasaron de un valor oriental a otro occidental. Puede asegurarse sin exageración que ese día comenzó el estudio del magnetismo terrestre, gracias a las observaciones efectuadas por el Almirante. El cambio en la orientación de la aguja imantada de la brújula, que por cierto dio lugar a un intento de motín, confundió a Colón, puesto que llegó a creer en la existencia de un meridiano singular con unas propiedades cosmográficas análogas a las de la línea ecuatorial. La idea tuvo su repercusión en los años venideros, concretamente en los trabajos correspondientes llevados a cabo por Alonso de Santa Cruz (1500-1567), el cual trató de establecer una interrelación entre los parámetros magnéticos —inclinación y declinación— y las coordenadas geográficas —latitud y longitud.

#### Bibliografía

- ALBERT SALVADOR, B.: *Expediciones marítimas españolas, la aventura de lo imposible*. Lunwerg Editores, Madrid, 2000.
- BAGROW, L., y SKELTON, R.A.: *History of Cartography*. Precedent Publishing, Chicago, 1985.
- BROWN, L.: *The Story of Maps*. Nueva York, Dover, 1980.
- CEREZO MARTÍNEZ, R.: *La cartografía náutica española en los siglos XIV, XV y XVI*. CSIC, Madrid, 1994.
- CRONE, G.R.: *Maps and their Makers*. Archon Books, Hamden, 1978.
- HARLEY, J.B., y WOODWARD D.: *The History of Cartography*, 2 vols. The University of Chicago Press, Chicago, 1992.
- MOLLAT DU JORDIN, M., y La RONCIÈRE, M. de: *Les Portulans. Cartes marines du XII<sup>e</sup> au XVII<sup>e</sup> siècle*. Office du Livre, Friburgo (Suiza), 1984.
- NEBENZHAL, K.: *Atlas de Colón y los grandes descubrimientos*. Magisterio Español, Madrid, 1990.
- RUIZ MORALES, M., y RUIZ BUSTOS, M.: *Forma y dimensiones de la Tierra. Síntesis y evolución histórica*. Ediciones del Serbal, Barcelona, 2000.
- WHITFIELD, P.: *New Found Lands. Maps in the History of Exploration*. The British Library, Londres, 1998.
- WIGAL, D.: *Historical Maritime Maps (1290-1699)*. Parkstone Press, Nueva York, 2000.